

FELIPE NERI, TRANSPARENCIA DE LA TRINIDAD

En este nuestro mundo tan secularizado y lleno de indiferencia, a menudo se habla y propone actualizar el lenguaje de la Iglesia. *Mantener intacto, a lo largo de los siglos nuestro lenguaje acerca de Dios equivaldría a una idolatría*, afirmó Teresa Forcades i Vila en una cierta ocasión¹. San Felipe Neri, en su momento, no sólo actualizó el lenguaje sino que lo hizo suyo, vivió el misterio de Dios. En realidad, no hizo otra cosa que imitar al Maestro, Jesús, Dios-con-nosotros, que prestaba atención a lo concreto y a los detalles de la vida de cada día. El misterio central de nuestra fe, el misterio de la Trinidad, no se puede expresar con ninguna fórmula, ni antigua ni nueva². San Felipe Neri, con toda su originalidad y humor, hizo su apostolado viviendo la invitación de Jesús a encontrar a Dios en lo cotidiano, encontrar ese “más allá de todo” no más allá de lo cotidiano, en un misterio que se torna invisible de tan visible que es, que se torna invisible de tan presente, de tan aquí, que es. Sí, existen realidades que de tan presentes pasan desapercibidas. Así ocurre a menudo con Dios. Jesús nos dice: *Yo estoy con vosotros* y también: *quién me acoge a mí, acoge a Aquél que me ha enviado*. Y nosotros continuamente nos estamos preguntado: ¿dónde está Dios? e incluso somos capaces de salir a buscarlo a lugares lejanos y extraños. San Felipe Neri vivió, y nos lo muestra, que llega un día en que esa proximidad se nos revela. Y a partir de ese momento, buscamos en la propia vida de cada día y en lo más humano de nosotros y del prójimo, como imagen de Dios que somos, el reflejo de la misma vida de Dios y de su amor.

San Felipe Neri quiere que su Oratorio, su familia, que no es otra que la de los hijos del Padre, viva el fruto de la oración que el mismo Jesús dirigió al Padre: *Que ellos sean uno, Padre, como tú y yo somos uno*. Sí, Felipe Neri desea que sus hijos también vivan la Trinidad como él mismo lo hizo: ser uno tal como él (Cristo o Felipe, ¡que más da!) y el Padre son uno, es decir, ser uno en el Espíritu. Éste es el misterio de Dios, de la Trinidad: la vida de Dios no es la vida de un ser solitario y autosuficiente; es un misterio de relación, de amor interpersonal. Un Dios en tres personas. Dios es amor. En esa experiencia de amor, Felipe Neri, como también San Agustín y tantos otros, buscó y encontró... vivió... y quiso que su Oratorio así lo hiciera. Porque Trinidad es relación, comunidad, perfecta entre las tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Y siendo el Amor uno y el mismo, Felipe Neri vivió tres tipos de amor inseparables e inconfundibles, irreductibles entre ellos. Son diferentes pero de igual dignidad, porque son un mismo Amor. Dónde se encuentra uno, se halla también el otro, pero no son iguales. No se pueden separar, pero tampoco se pueden confundir. Son tres experiencias de amor que Felipe Neri vivió continuamente, y nos invita a hacerlo, en su vida cotidiana. Tres experiencias de amor que nos pueden servir de analogía para actualizar el lenguaje para referirnos a la Trinidad, como proponía Teresa Forcades en su conferencia citada más arriba.

Esos tres amores, las tres maneras como Felipe Neri experimentó el amor son: la reciprocidad, la donación y la recepción.

¹ FORCADES I VILA, T., *La Trinidad, hoy*. Conferencia ofrecida en Pamplona (Navarra) dentro del ciclo organizado con motivo del 50 aniversario de Editorial Verbo Divino (17 de mayo de 2006). Publicada en: *Editorial Verbo Divino. 50 años al servicio de la Palabra*. pp. 52-59. Estella 2007.

² San Gregorio de Nacianzo ya en el siglo IV, decía: *No existe ningún himno suficientemente exelso para adorarte, ni nombre alguno con que podamos pronunciarte. Ninguna idea puede expresarte... O Tu, fuente de todo nombre y de todo pensamiento. ¿Qué nombre puedo darte? A Ti, que tienes todas las palabras, pero para quien ninguna palabra es adecuada. O, más allá de todo, más allá de todo.*

El amor de reciprocidad (dar y recibir) es la forma de amor que no necesita de mucha explicación porque todo el mundo la entiende. Felipe Neri en su vida íntima con Dios y en su apostolado con los hombres, especialmente con la juventud, tuvo siempre muy claro que amor es dar y recibir; amar no es una acción solitaria sino una relación de, como mínimo, dos personas que se valoran, se ayudan y se tratan con afecto y respeto. Este tipo de amor es diálogo, oración si el otro es Dios. Es apertura y aceptación recíproca. Ciento que Felipe Neri no siempre se vio correspondido en su amor con los hombres; pero, *cada uno da de lo que tiene*, decía él. Y si el amor no es correspondido, ¿quiere decir eso que no se puede hablar de amor? Si al final de nuestra vida se nos juzgará sobre nuestra capacidad de amor, ¿cómo será eso, si esa capacidad no depende sólo de mí, si la presencia del amor en mí depende de la respuesta de los otros?

San Felipe Neri no se planteó en ningún momento estos interrogantes, porque él más bien vivió en plenitud la segunda forma de amor: la donación (dar y no recibir), es decir, amar sin esperar nada a cambio. ¿Qué quiere decir, en realidad, amar sin esperar nada a cambio? Con el buen humor de nuestro padre Felipe, me imagino a uno acercándose a otro y asegurando que le ama con un gran amor pero que le es indiferente que le corresponda: “Te amo pero me da igual si tu me correspondes o no”. ¡Que absurdo y que mentira! ¿Es amor esto, que en lugar de llenar el corazón de gozo lo deja helado? Nuestro padre Felipe es testigo de que Dios una cosa así no nos lo ha dicho nunca. Al contrario, Dios nos dice que es un Dios celoso y que le importa mucho si nosotros le correspondemos o no. Al amante le interesa el sí del amado. Ese era el mensaje de Jesús; por ejemplo: en la parábola del hijo pródigo, el amor del padre no es correspondido, pero a pesar de la profunda frustración que esto significa, el padre no deja de esperar, día tras día, el retorno del hijo y la reciprocidad de su amor.

El amor de donación es cierto que da y no recibe, pero lo espera todo porque los tres amores no pueden separarse: son uno y el mismo. Y el amor de donación pura sólo es amor si se vive en espíritu de reciprocidad. Doy y espero recibir... pero si no recibo continuo dando y esperando. Ésta era la experiencia habitual y cotidiana de Felipe Neri. Éste es el amor que el Padre tiene con nosotros, los hijos. Éste es el amor que el Hijo nos pide a nosotros, los hermanos, que tengamos incluso por los enemigos.

Dar sin desear la reciprocidad, no nos engañemos, no es amor; es paternalismo y dependencia. Dar y, a pesar de desear la reciprocidad, seguir dando cuando no se recibe: esto es amor de donación pura. Éste, el amor de donación pura, y aquél, el amor de reciprocidad, no se pueden separar; pero, como sabe bien quién lo experimenta, uno y otro no son lo mismo. Felipe Neri sabía bien que es distinto vivir la reciprocidad que experimentar el rechazo del amor que profesaba, pero en ambos casos el amor es uno y es de la misma dignidad.

Llegados a este punto, pasémonos al otro lado. ¿Cómo puede ser amor, y amor de la misma calidad, que el de reciprocidad o el de donación, un amor que sólo reciba y no dé? Podemos responder tomando como ejemplo algo tan propio en la vida de nuestro padre Felipe como el acto de pedir perdón. Éste cuando es auténtico, es un acto de amor porque nace del dolor que provoca el tomar conciencia de haber herido al otro, y si duele significa que se ama a la persona herida, es decir que esa persona nos importa.

¿Pedir perdón es un acto de donación? Uno no puede ir a pedir auténticamente perdón con la conciencia de ir a dar algo. Sólo se puede pedir perdón con conciencia de pobre, con conciencia de que existe algo que no se tiene y que solamente si el otro me da yo podré tener; esto es, su perdón. Así pues, pedir perdón es un acto de amor que no da nada, un acto de amor que sólo recibe.

Felipe Neri advertía a los suyos y él mismo huyó siempre, a pesar de sus bromas y chanzas, a pesar de su carácter jovial e infantil, de caer en el infantilismo que es recibir y no querer dar. Por eso, lo mismo que decía antes del amor de donación, el de recepción (recibir y no dar) debe realizarse también en espíritu de reciprocidad.

Tal como apuntaba, la donación sin espíritu de reciprocidad es paternalismo o maternalismo; no es amor y genera dependencia. La recepción sin espíritu de reciprocidad es infantilismo. Donación y recepción en espíritu de reciprocidad son amor que dan lugar a relaciones libres y liberadoras.

Haciendo la analogía de los tres amores con las tres personas trinitarias³, podemos afirmar que san Felipe Neri vivió cada segundo de su vida el misterio de la Trinidad. Porque Dios es amor. Amor en un solo Dios y en tres personas: Padre (amor de donación pura), Hijo (amor de recepción pura) y Espíritu (amor de reciprocidad). El Padre da la vida al Hijo (donación pura). El Hijo recibe la vida del Padre (recepción pura). Que el Hijo sea recepción pura no significa que sea menos activo que el Padre; como hemos dicho con el ejemplo del pedir perdón, la reciprocidad no es pasiva. Hay que advertir que la receptividad a menudo nos asusta porque pide coraje, fuerza, valentía, paz interior. La identificación de Jesús con los pobres –y Felipe Neri siguió su ejemplo– responde a su identidad trinitaria de recepción pura, porque el Hijo no sólo se coloca en la posición receptora en relación al Padre: *Yo todo lo he recibido del Padre*, sino también en relación a nosotros: *Lo que hagáis a uno de estos pequeños, a mí me lo hacéis*.

Y en espíritu de reciprocidad es que el Hijo acepta el don de sí que le ofrece el Padre y acepta también el don de sí que estamos llamados a ofrecerle cada uno de nosotros: *Sed perfectos/misericordiosos/santos como lo es vuestro Padre*, es decir: “amadme y amaos como el Padre os ama”. Al morir en la cruz, el Hijo entrega el Espíritu y retorna así al Padre la vida que éste le había dado desde el principio. Éste es el gesto supremo del Hijo que nos salva porque introduce en el espacio y el tiempo de nuestra historia la dinámica del amor trinitario. Aquel amor en que la donación pura (Padre) y la recepción pura (Hijo) son inseparables del amor de reciprocidad (Espíritu). Felipe Neri respondió con generosidad a la invitación de Dios a buscar, siempre y con todos, la reciprocidad, que es lo mismo que amar espiritualmente. Amar espiritualmente no es amar sin esperar nada a cambio, sino amar y esperarlo todo a cambio, esperar que el otro nos corresponda igual como Dios espera que le correspondamos, como el Hijo corresponde al amor del Padre, plenamente y siempre. El amor espiritual no es un amor apático o indiferente; es un amor lleno a rebosar de deseo por el otro. Y así como la experiencia de la reciprocidad es el gozo y la plenitud de nuestro amor, de manera análoga el Espíritu es el gozo y la plenitud del amor de Dios. Más aún, todos los amores no correspondidos que experimentamos aquí en la tierra, amores de donación pura (doy y no recibo), están guardados en el seno del Padre y encontrarán un día en el Espíritu de Dios su plenitud. Y todos los amores de recepción pura (recibo y no puedo dar) están guardados en el Hijo, y encontrarán un día en el Espíritu de Dios su plenitud. La plenitud y el gozo que experimentamos cuando vivimos una relación de reciprocidad es el don del Espíritu que Dios nos hace ya aquí en la tierra y que nos permite entrever la plenitud que nos espera en el cielo.

¡Qué claro lo tenía Felipe Neri! En el Oratorio, en esa comunidad-familia, es donde podemos palpar que Dios no es en sí mismo soledad, sino comunión de personas... Donde en comunión con el Hijo, Amor encarnado del Padre, por la fuerza del Espíritu, formamos un sol Cuerpo. Porque realmente hay vida en una comunidad

³ Cf. FORCADES I VILA, T., *op. cit.*

donde se reproduce el modelo de la Trinidad, donde cada persona sólo vive para afirmar las otras y existe en tanto que es afirmada y valorada por los demás. Y es que lo que une la Trinidad es la “procesión interna” de amor que se da entre las personas. De hecho, ésta es la característica propia del Oratorio. Aquel Espíritu de amor que incendió el corazón de nuestro padre san Felipe, es quién crea comunidad cada vez que, en el hermano, lo contemplamos, lo escuchamos y nos disponemos a seguirlo en la participación en la comunidad.

Así pues, como Felipe Neri, dejemos que el Espíritu nos desindividualice al mismo tiempo que nos personaliza.

En Cristo, en su sacrificio, en su “sí” incondicional a la voluntad del Padre, engloba el “sí”, el “gracias” i el “amén” de tota la humanidad. Porque no se trata de dar o hacer signos, sino de serlo, ya que en Él vivimos, nos movemos y somos. Pongamos en ello todas les capacidades de amor que tenemos, y que quizás ni sabemos que las tenemos y no las usamos, para llegar a aquello de “un solo corazón y un solo espíritu”. Nuestra vida, como la de nuestro padre san Felipe Neri, ha de ser transparencia de comunión para crear comunión.

P. Ferran Colás Peiró
Prepósito del Oratorio de Gràcia